

FOCIO TRANSMISOR DE CULTURA CLÁSICA

Concepción Serrano Aybar
C.S.I.C.

1. Introducción

No puedo resistir la tentación de iniciar este trabajo con una cita que Tomas Hägg antepone al *Einleitung* de su obra *Photios als Vermittler Antiker Literatur*¹ dada la coincidencia de títulos entre esa gran obra y estas páginas que no pretenden más que despertar el interés sobre uno de los personajes más apasionantes del mundo bizantino. Hay una cita de Paul Lemerle que dice "Presque tout est encore à dire sur Photius"². Y es cierto. Aunque nadie niega la importancia del patriarca bizantino como transmisor de muchísimas obras literarias de la Antigüedad de las que sólo tenemos noticia gracias a los resúmenes contenidos en la *Biblioteca*, los trabajos sobre Focio son realmente escasos.

A decir verdad estas palabras de Lemerle eran válidas en 1971, cuando sólo teníamos la *Biblioteca* todavía parcialmente editada por Henry en la colección Budé³ (completa, de forma muy defi-

- (1) T. HAGG, *Photios als Vermittler antiker Literatur. Untersuchungen zur Technik des Referierens und Exzerpieren in der Bibliothek*. Studia Graeca Upsaliensia, 8, Upsala 1975.
- (2) P. LEMERLE, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X^e siècle*. París 1971.
- (3) R. HENRY, *Photius. Bibliothèque*. París "Les Belles Lettres" 1959-77. Los ocho volúmenes de que consta esta edición se editaron con la siguiente secuencia: Vol. I (codices 1-83) 1959; Vol. II (codices 84-185) 1960; Vol. III (codices 186-222)

ciente, sólo se encontraba en la *Patrologia Graeca* de Migne). Algunas ediciones tanto de sus cartas como de *De quaestionibus ad Amphiloichium* (de ahora en adelante nos referiremos a esta obra simplemente como *Amphilochia*) sólo se encontraban completas también en Migne. Del *Léxico* sólo existía una edición completa hecha sobre el códice *Galeanus*, único conocido hasta principios de siglo, realizada por Naber⁴ en 1864/65, más una edición del comienzo del *Léxico* que apareció en un manuscrito de Berlín y que editó Reitzenstein en 1907⁵ - Pues bien, si como digo, con este panorama de las ediciones de Focio en 1971 las palabras de Lemerle eran válidas, ahora en 1985 lo son aún más puesto que las ediciones de las obras de Focio se encuentran en un estado de prosperidad magnífico, como ahora veremos, pero en cambio los trabajos en profundidad sobre la obra de Focio siguen siendo escasos.

En la actualidad Henry ha finalizado la publicación de la *Biblioteca*. De las *Cartas* y *Amphilochia* el primer volumen ha aparecido en 1983 debido a Laourdas y Westerink⁶: contiene 144 cartas y según el plan de la obra será un conjunto de seis volúmenes, dedicado el II y III a *Cartas* y el IV, V y VI a *Amphilochia*. Mucho, como puede apreciarse, queda todavía por editar en este terreno de gran interés para el mejor conocimiento de esta época, puesto que Focio mantuvo una amplísima correspondencia con los personajes más ilustres de su tiempo: Miguel, rey de Bulgaria, el Papa Nicolás I, Bardas su protector, cartas a los diferentes obispos de las sedes dependientes de Bizancio, encíclicas y, en fin, a simples diáconos o administradores del Imperio Bizantino.

Pero de las ediciones de las obras de Focio recientemente aparecidas, la más interesante es la nueva edición del *Léxico* de Focio realizada por Christos Theodoridis y aparecida en 1982⁷. Y es que

1962; Vol. IV (codices 223-229) 1965; Vol. V (codices 230-241) 1967; Vol. VI (codices 242-245) 1971; Vol. VII (codices 246-256) 1974; Vol. VIII (codices 257-280) 1977.

(4) S.A. NABER, *Photii Patriarchae Lexicon*. Leiden 1864-65 (H) 1965.

(5) R. REITZENSTEIN, *Der Anfang des Lexicons des Photios*. Leipzig y Berlín 1907.

(6) B. LAOURDAS y L.G. WESTERINK, *Photii patriarchae Constantinopolitani Epistulae et Amphilochia*. Leipzig (Teubner) 1983.

(7) CH. THEODORIDIS, *Photii Patriarchae Lexicon*, Vol. I A-Δ. Berlín y Nueva York 1982.

realmente no es exagerado decir que desde que en 1960, en la revista *Gnomon*⁸, se publicó la noticia de que Linos Politis había encontrado un manuscrito de Focio, hasta su publicación en 1982 por Theodoridis, la expectación que se produjo en el mundo de la Filología Clásica fue muy grande. Realmente creemos que no es para menos: la aparición de una obra inédita de la literatura griega ya no se espera más que en los papiros (recordemos los famosos de Menandro o los más recientes de Estesícoro o Arquíloco) o en alguna inscripción tan original como la del filósofo epicúreo Diógenes de Enoanda que hizo grabar su filosofía en piedra; pero que en la segunda mitad del siglo XX haya aparecido un manuscrito del siglo XIII/XIV con el *Léxico* de Focio, en una redacción más amplia y completa que la del *Galeanus* de la edición de Naber, y no digamos del de Berlín, en el que hay contenidos centenares de fragmentos absolutamente inéditos de la literatura griega de época clásica, no deja de ser un acontecimiento histórico. Este manuscrito, conocido como el *codex Zavordensis* 95, ha hecho replantearse a los filólogos griegos clásicos todas las ediciones existentes de los fragmentos de trágicos y sobre todo de los cómicos.

Hemos hecho hasta aquí un repaso de la enorme obra de Focio que ha llegado hasta nosotros y su situación editorial actual. Esto nos va a servir como punto de referencia, que no debemos perder de vista, para situar a Focio en su contexto histórico dentro del cual él desarrolló su enorme trabajo filológico.

2. Contexto histórico

Vive Focio, como es bien sabido, en el siglo IX, entre los años 820 ó 27 y el 891, fecha que parece ser la más aproximada de su muerte. Estos setenta años de su vida se desarrollan durante los reinados de los emperadores posteriores a la dinastía Isáurica, y asiste al advenimiento de la dinastía Macedonia. Retomaremos, pues, el hilo de la historia de Bizancio desde principios del siglo IX.

La emperatriz Irene de Atenas que había sido la esposa de León IV y madre de Constantino VI, ejerció el poder de forma absoluta porque después de enredar a su hijo en un asunto de bigamia, que

(8) *Gnomon* 32 (1960) págs. 95-96.

le echó encima al clero, se puso de parte de la oposición y en contra de su propio hijo y, cuando volvía el joven a Constantinopla después de una expedición poco afortunada contra los árabes, su madre lo hizo detener por una banda de conjurados que lo persiguieron hasta Anatolia, desde donde regresó a Constantinopla cargado de cadenas. Allí le hizo vaciar los ojos y ella consiguió lo que deseaba: gobernar con el título masculino de "*Basileus* y autócrata de los romanos". Pero ella misma había cavado la sepultura de la dinastía Isáurica al encontrarse sin sucesión y, además, puso en contra suya a los nacionalistas bizantinos más exaltados al pretender casarse con Carlomagno. Esta idea de la emperatriz Irene, que en la perspectiva del espacio y el tiempo se nos antoja descabellada, no parecía serlo para sus contemporáneos —ni siquiera para el propio Carlomagno que mandó una embajada a Constantinopla para tomarse tiempo y estudiar el problema— puesto que fue el detonante que hizo desencadenar el proceso de deposición de la emperatriz. La conspiración contra ella se forjó de inmediato, y el ministro del tesoro Nicéforo fue coronado en Santa Sofía el año 802.

Así se inicia el siglo IX en Bizancio con la llegada al poder de un advenedizo que será sucedido por una serie de emperadores que acceden al trono por medio de asesinatos y usurpaciones y con la evidencia de que la púrpura imperial pertenecía al más fuerte.

Así, a Nicéforo que murió en el 811 peleando contra los búlgaros, le sucedió su hijo Estauracio, que duró a penas unos meses en el poder, destituido por su cuñado Miguel I. Sólo duró Miguel un par de años como emperador, hasta el 813, puesto que tuvo que ceder el trono a un general: León, que con el título de León V, el Armenio, fue coronado emperador. Siete años duró León V, pero fue asesinado por otro general Miguel II, el Tartamudo, originario de Frigia, y a partir del cual se suceden en el trono su hijo Teófilo y su nieto Miguel III.

Es precisamente Miguel III el monarca que reinó durante más tiempo, no sabemos si a pesar de su nulidad o precisamente por ella, ya que cuando accedió al trono, su madre, Teodora, fue la que ejerció el poder y, cuando ésta fue relegada a un convento, su tío, Bardas, fue el que dirigió el Imperio hasta el año 866 en que un favorito del rey asesinó a Bardas, el rey le asoció al Imperio y el favorito en pago de sus favores asesinó a su protector y subió al trono con el nombre de Basilio I, inaugurando con él la dinastía Macedonia en 867.

La biografía de Basilio I podría servir de tema para una novela. Basilio era hijo de campesinos y campesino él mismo, al parecer procedía de una familia medio armenia medio eslava asentada en Macedonia. Mozo de complexión atlética y alta estatura, como tantos otros labradores se sintió tentado por el hecho de trabajar menos y ganar más. Así pues, abandonó el campo y marchó a Constantinopla. Allí encontró trabajo cuidando los caballos de un rico hacendado, tanto en la casa como en los viajes del caballero. En uno de ellos el gran porte de Basilio llamó la atención de una viuda adinerada que le proporcionó un buen capital para adquirir tierras y explotaras.

Pero el joven, con gran inteligencia, no se dejó deslumbrar por su nueva suerte y no abandonó a su señor que fue el que realmente le proporcionó el mejor de los trabajos: había recibido el emperador Miguel III un caballo imposible de domar y le fue recomendado Basilio como domador infalible. Miguel que repartía su tiempo entre la equitación, la caza, los juegos del circo y las mujeres, hizo de Basilio su favorito y lo nombró primer caballero, patrio y, finalmente le hizo casarse con su amante, Eudocia Ingerina, para, de esta forma, mantenerla cerca de sí, y de la que Basilio no era más que el marido nominal. En compensación, la hermana del Emperador, Tecla, lo tomó como amante.

El asesinato de César Bardas, preparado por Basilio, le hizo pasar muy pronto al primer puesto de la Corte. El Emperador, para recompensarle por haberle librado de su tío, lo adoptó y lo asoció al trono. Así pues, a Basilio no le separaba del poder más que la persona de su benefactor. No era éste un obstáculo que fuera a interponerse a la ambición de nuestro personaje: él mismo organizó la muerte del Emperador con un asesinato cruel y repugnante que manchó una vez más los anales de Bizancio.

Pero esta enumeración de golpes y contragolpes por hacerse con el trono de Bizancio, que acarreó para el Imperio una serie de motines y desórdenes, no llevó como consecuencia una decadencia o desintegración total del Imperio, que es lo que hubiera cabido esperar, sino que es el preludio de uno de los momentos de gran esplendor.

Los desórdenes interiores propiciaban una presión mayor en las fronteras por parte de los búlgaros y árabes, pero no era, como en los siglos precedentes (VII y VIII), un esfuerzo general por derribar al Imperio, sino incesantes ataques que tenían por resultado la

ruina de las provincias fronterizas. Muy pronto, a principios del siglo, en 813, el mismo año en que León V sube al trono, derrota a los búlgaros y con esto el Imperio queda salvado. Peor fue el problema con los árabes. Durante este período se pierde Creta (en el 826, durante el reinado, de Miguel II), parte de Sicilia y el sur de Italia, lo cual restó seguridad al Mediterráneo occidental uniéndose a esto la sublevación de los eslavos en el Peloponeso, que costó dos años de guerras. Pero a pesar de todo ello a mediados del siglo IX el Imperio era próspero y fuerte y existía una verdadera nacionalidad bizantina, que había sido propiciada por los acontecimientos. Y el Imperio netamente oriental preludiva el apogeo que habría de durar hasta mediados del siglo XI.

Durante el reinado de Teófilo (829-841), hijo de Miguel II, la corte de Bizancio rivalizaba en esplendor con la de los Califas de Bagdad. César Bardas reconstruye la Universidad de Constantinopla hacia el 850 y vuelve a ser un centro cultural e intelectual admirable.

Con la subida al trono de Basilio I (867) se reemprende la lucha contra el enemigo más peligroso, los árabes, y este monarca que había accedido al poder de forma sangrienta, tuvo el sentido de la grandeza y quiso restituir al Imperio su antigua magnificencia exterior haciendo retroceder a los árabes en Oriente hasta conseguir las vías de acceso al Éufrates y, en occidente, con una lucha más áspera y puntual, puesto que no se trataba de una simple presión, sino de la reconquista de puntos estratégicos del Mediterráneo, las tropas de Basilio tomaron Tarento y se establecieron en Bari y, si no desalojaron totalmente a los árabes, por lo menos los contuvieron y aseguraron el poderío de Bizancio en esta zona de la cuenca mediterránea.

3. Contexto religioso

Hay dos notas en Focio que justifican, a mi modo de ver, que examinemos, aunque sea brevemente este contexto. Una es que Focio fue patriarca de Constantinopla y la segunda que a Focio se le considera el causante del Cisma de Oriente, aunque realmente lo único que hizo fue consagrar un sentimiento nacional que venía gestándose durante siglos.

Las relaciones entre el Papado y la Iglesia Griega desde un principio habían sido muy difíciles. Los patriarcas de Constantinopla

no disimulaban su deseo de ser iguales al Papa y esto inquietaba en Roma. A la inversa, ocurría que la reivindicación de los Papas de someter la Iglesia Oriental a la primacia romana, hería el espíritu de independencia del clero bizantino y suscitaba la desconfianza de los nacionalistas.

Pero había dos causas más que contribuían a que la separación de las Iglesias de Oriente y Occidente se fuera ahondando. La primera era que la Iglesia de Roma aparecía ante los prelados orientales extraordinariamente ignorante y ruda, entendía el griego cada vez peor y era incapaz de seguir las complicadas herejías que apasionaban en Bizancio. Frente a esta Iglesia simple, aferrada a una tradición muy ortodoxa, la Iglesia Oriental era instruida y sutil, con una gran habilidad para razonar en materia de fe y, naturalmente, la aversión entre las dos Iglesias era instintiva.

La otra causa, más grave aún, que oponía Oriente a Occidente era que el emperador cristiano de Bizancio pretendía ejercer una autoridad absoluta en materia de religión, y creía poder imponer su voluntad a la Iglesia. Esto era tolerado por los obispos de Oriente, pero los Papas consideraban intolerable la injerencia del *basileus*. Todo esto hacía temer las peores consecuencias para las relaciones entre Bizancio y Roma.

A finales del siglo VIII la situación se agravó, cuando el Papa, al ser asediado por los lombardos, no pidió ayuda a los bizantinos sino a Carlomagno, que así se apoderaba de la autoridad imperial en Italia. Los Papas dejaron de fechar sus actas oficiales con los años de los emperadores de Oriente y, al coronar el Papa León III a Carlomagno el día de Navidad del año 800 como emperador de Occidente, la ruptura política entre Roma y Bizancio quedó consumada. Como ya hemos dicho más arriba, la existencia de un doble emperador era algo impensable en la época, y el intento de la emperatriz Irene de unificar los Imperios con una boda no consiguió más que acelerar la caída de la dinastía Isáurica en Bizancio.

A esta tensión hay que añadir la existente por causa de la iconoclasia. Los emperadores de la dinastía Isáurica, en un intento por despaganizar las imágenes, se hicieron muchos de ellos iconoclastas⁹, pero los adversarios de los iconoclastas pidieron ayuda a

(9) No entramos aquí en la fluctuación a favor o en contra de las imágenes que duró más de 150 años y que no terminó hasta la subida al trono de Basilio I.

Roma, lo que acabó por agriar las relaciones entre las dos Iglesias.

Hay que añadir todavía un motivo más para que Focio, cuando fue ordenado patriarca de Constantinopla, se convirtiera en el artífice del Cisma. Este motivo se encuentra en la competencia existente entre Roma y Bizancio por la evangelización de los paganos. Bizancio había enviado a Cirilo y Metodio a evangelizar Bulgaria de donde pasaron en su labor apostólica a Moravia, pero allí los obispos enviados por Roma a esa región les hicieron fracasar. También fueron evangelizadas por Roma las poblaciones eslavas de Croacia y del litoral dálmata, a quienes realmente los griegos bizantinos acababan de ganar para la ortodoxia, pero la actitud alternante del zar Boris de Bulgaria sería la gota de agua que desbordaría el vaso.

Cuando en el año 857 Ignacio, patriarca de Constantinopla, es depuesto por Miguel III y Focio ordenado en su lugar, el Papa Nicolás I se negó a reconocer a Focio como obispo legítimo. Envió a dos legados para investigar la elección y en una carta menciona la posibilidad de un reconocimiento del nuevo patriarca si vuelven a la jurisdicción romana las provincias eclesiásticas del sur de Italia, Sicilia e Iliria, que se habían separado de Roma durante la controversia iconoclasta.

En 861 se celebra en Constantinopla un Concilio, presidido por los legados pontificios, en el que tras una larga deliberación declaran en nombre del Pontífice Romano que Focio era legítimo poseedor de su cargo. Al Papa la situación le resultó embarazosa porque, si bien es verdad que su autoridad quedaba reconocida, no había conseguido recuperar las provincias deseadas y esto era muy importante, ya que Iliria coincidía con la Bulgaria donde Boris y su pueblo se convertían al Cristianismo. ¿A qué Cristianismo se asociaría Bulgaria? La actitud del zar Boris, absolutamente ambigua, inclinándose unas veces de parte de la Iglesia de Roma y otras de la de Bizancio, hizo que ambas jerarquías se metieran en un campo peligroso como era el de la mutua acusación de innovaciones heréticas.

Focio reivindicaba frente a Nicolás I la independencia de su silla episcopal y, aunque con fórmulas corteses, trataba al Papa como a un igual lo cual acababa por exacerbar al Papa, que en 863 excomulgó a Focio. Éste convocó a su vez un Sínodo en Constantinopla, en el que condenaba la acción del Papa Nicolás y de los misioneros latinos por graves errores e innovaciones, siendo la acusa-

ción más grave la de haber introducido la enseñanza del Credo con la fórmula de que el Espíritu Santo procede del Padre y del *Hijo*, con lo que se introducía de nuevo la controversia sobre el *Filio-que*. Y en ese Sínodo del 867 Focio, a su vez excomulgó al Papa de Roma, denunciando su injerencia ilegal en los asuntos de la Iglesia Oriental y sus pretensiones de dominación universal.

Verdaderamente el Cisma de Focio duró muy poco porque ese mismo año 867 subió al trono Basilio I que depuso a Focio, pero en el Concilio celebrado en el 869 se pudo comprobar cómo Focio, al combatir a Roma, no había sido más que el intérprete del sentimiento nacional bizantino: así, cuando se planteó la cuestión de saber de qué Iglesia dependía Bulgaria, tanto el Emperador como los preladados orientales se mostraron unánimes al rechazar las pretensiones romanas y el propio patriarca Ignacio, al consagrar a un arzobispo griego para Bulgaria, no hizo más que continuar la tradición de Focio. Así pues, el desacuerdo aumentó, Focio volvió a la sede episcopal el año 877 y en el 879 se proclamó "Pontífice supremo que tiene del propio Dios la autoridad", lo cual acabó por desconcertar a Roma y cuando la ruptura fue total un siglo después con Miguel Cerulario, Roma y Bizancio quedaron separadas para siempre y la incomprensión entre estos dos mundos quedó sentenciada.

4. *Biografía*

Situado Focio en su contexto religioso parecería lo más lógico que una vida tan relevante como la suya hubiera sido objeto de biógrafos contemporáneos, pero sorprendentemente no ocurre así. Muerto en el exilio, tenido como responsable del Cisma entre Oriente y Occidente, las únicas noticias de sus contemporáneos son para desprestigiarlo, como ocurre con el autor de la *Vida del patriarca Ignacio*, tal vez debida a Nicetas David¹⁰ o con Pseudo-Simón Magister autor de la *Vida de San Miguel de Synnada*¹¹. Al lado de estas noticias no hay otras fuentes antiguas que las de los escritos del propio Focio.

(10) J.P. MIGNE, *Patrologia Graeca*. París 1857-1868. Volumen 105.

(11) E. BEKKER, Bonn 1838.

Con esta escasez de fuentes no es extraño que en la bibliografía moderna Focio aparezca en infinidad de trabajos sobre historia eclesiástica o de erudición pero que, a pesar del gran número de investigadores que han trabajado sobre este personaje puntero de las letras bizantinas, subsistan muchos puntos oscuros en su biografía. El hecho de haber sido el causante del Cisma le ha atraído sobre sí una enorme crítica que ha durado siglos por parte de la Iglesia Occidental, con lo que eso supone de peso en el mundo de la cultura. Se puede decir que es la obra de Fr. Dvornik¹², sacerdote católico, la que ha tratado de rehabilitar a este personaje incluso dentro del campo de la ortodoxia.

Intentaremos pues, hacer un bosquejo biográfico. En primer lugar se duda de la fecha de su nacimiento: el 820 ó 827. Nace casi al final de las luchas iconoclastas, de una familia aristócrata y de buena posición económica. Aunque laico es reconocido como uno de los hombres más doctos de Constantinopla y teólogo prestigioso, pero cómo adquirió Focio sus vastos conocimientos tanto en teología como en literatura clásica no nos lo dice ninguna fuente de su época ni el propio Focio nos lo cuenta en sus numerosos escritos.

De cualquier forma tanto él como su hermano Tarasio acceden pronto a puestos de relevancia. Tarasio casa con una hermana de la emperatriz Teodora (esposa de Teófilo), mientras Focio se hace amigo de César Bardas, tío todopoderoso del emperador Miguel III. Ambos hermanos son enviados como embajadores a Oriente, Focio a Asiria y a su regreso, después de detentar varios puestos civiles como capitán de guardia y una de las cancillerías, es nombrado patriarca de Constantinopla en lugar de Ignacio, que es depuesto. Como su tío abuelo Tarasio, Focio pasa de persona civil al puesto más alto del clero bizantino en el año 857, siete años después de que Bardas hubiera vuelto a fundar la Universidad de Constantinopla, donde no hay duda de que Focio ha enseñado, siendo uno de los animadores del Renacimiento de su época, que se caracteriza por una vuelta ferviente al estudio de los antiguos por la extensión del movimiento de transliteración de los textos griegos. Hasta el año 867 se mantiene en la sede episcopal, donde se suceden los acontecimientos arriba mencionados y, con la

(12) FR. DVORNIK, *The Photian Schism. History and Legend*. Cambridge 1948.

subida ese año de Basilio I al trono, es depuesto y vuelve Ignacio al patriarcado. Pero durante estos años Basilio I, que al deponer a Focio no quiere sino congraciarse con Roma, lo nombra a cambio, después de un corto exilio, preceptor de sus hijos y especialmente del futuro emperador León IV. En 877 es restituído en el patriarcado, pero a la muerte de Basilio I en el 86 vuelve a ser depuesto por su antiguo discípulo, el nuevo emperador, y muere en el exilio el año 891 aproximadamente.

La existencia de Focio se sitúa, pues, en una de las más hermosas épocas de Bizancio. Han pasado los años de las luchas iconoclastas y de una serie de emperadores efímeros; la situación en Bizancio comienza a restablecerse, precisamente con el emperador Teófilo (829-842), y se continúa durante el reinado de Miguel III gracias al gran ministro Bardas, promotor de una renovación de la vida intelectual, que seguiría durante el reinado del aventurero macedonio ascendido al poder con el nombre de Basilio I. En este cuadro Focio es una de las personalidades más relevantes. Pero, realmente, cuando se trata de situarlo en un marco histórico con los acontecimientos y las fechas, sólo es posible encuadrarlo con certeza en aquellos asuntos relacionados con la Iglesia. En cambio, las noticias sobre sus cargos seculares, sus estudios y su papel en la enseñanza nos es infinitamente menos conocido.

4.1. *Personalidad docente*

Hay un dato de la personalidad de Focio que nos interesa poner de relieve: su pasión por enseñar. Pasión de la que tenemos noticia por su correspondencia al propio Papa Nicolás¹³, en la que se lamenta por tener que dividir el tiempo entre sus cargos en la corte y sus alumnos. Pero ¿qué enseñaba Focio? Las cartas y los *Amphilochia* son nuestra fuente principal. En ellas nos muestra que tanto sus conocimientos como sus enseñanzas eran enciclopédicos. Abarcaban la *gramática*, en la que se muestra muy riguroso con los errores de lengua y se declara aticista convencido siete siglos después de este movimiento purista. La *filosofía*, en la que por alusiones en los *Amphilochia*¹⁴ se nos muestra partidario de Aristóteles e interés

(13) MIGNE, *Op. cit.* Volumen 102, columna 597 B-D.

(14) MIGNE, *Op. cit.* Volumen 101, columnas 760 a 812.

prete para sus discípulos de las *Categorías* y de las controversias respecto a los *genera* y *species*, mientras que tiene a Platón en menos y se opone a la doctrina de las Ideas. La *teología*, en la que no vamos a entrar puesto que se deduce del cargo que ostentó: patriarca de Constantinopla. Los *clásicos griegos*, de los que era un conocedor profundo y cuyas obras se leían en voz alta en su círculo, haciéndose resúmenes de ellas (más adelante hablaremos de la *Biblioteca*). Toda esta actividad docente parece ser que la desarrolló antes de ser patriarca y entre los dos patriarcados, período en el que además fue preceptor del futuro León IV. Hay que aclarar que, a juzgar por sus propias noticias, las enseñanzas de Focio no fueron sólo de carácter privado en un círculo personal restringido a sus amigos o como preceptor de los hijos del emperador, sino que también ejerció la enseñanza públicamente como se deduce de lo que cuenta Aretas de Cesarea, uno de sus discípulos más ilustres. También esta actividad pública como profesor la atestigua la vida del evangelizador de los eslavos San Constantino-Cirilo, en cuya biografía en eslavo se dice textualmente: “Estudió a Homero y la geometría, así como —junto a León y a Focio— la dialéctica y todas las otras disciplinas filosóficas”.

4.2. Focio epistológrafo

Como hemos venido apuntando, se conserva de Focio una enorme cantidad de cartas¹⁵, que están en vías de ser editadas por Laourdas y Westerink y de las que han aparecido un solo volumen (esta edición aborda además la datación de las cartas que hasta el momento no lo habían sido con exactitud). ¿Cómo son estas cartas? Realmente de todo tipo. De longitud muy variable: p.e., la n^o 1 de la ed. de Laourdas-Westerink, dirigida al rey Miguel de Bulgaria, ocupa de la pág. 2 a la 39; mientras que la 17 de la misma edición, dirigida a Juan, metropolitano de Nicomedia, apenas tiene 15 lacónicas líneas. También el contenido es diverso, si bien es verdad que abundan aquellas en que trata de cuestiones religiosas, pero la variedad de temas es tal que incluso encontramos una enviada a Zacarías, obispo de Calcedonia¹⁶, en la que le habla de

(15) MIGNE, *Op.cit.* Volumen 102, columnas 588A a 990A.

(16) MIGNE, *Op.cit.* Volumen 102, columna 840B, C.

una bebida digestiva que él mismo había compuesto. En las cartas no habla nunca o casi nunca de literatura clásica, pero las alusiones a los clásicos son frecuentes y no se le puede acusar de pedantería, sino que cualquier lector se da cuenta fácilmente de que está leyendo las cartas de un hombre impregnado de profunda cultura antigua. Sí le preocupan mucho en sus cartas los problemas de gramática, lengua y estilo; y él mismo se esfuerza en escribirlas de acuerdo con un "canon" de la literatura epistolar, como ve Ziegler¹⁷, y en muchas partes hace alusión a las exigencias del género, llegando incluso a dedicar una carta, dirigida al obispo de Cízico¹⁸, a los modelos de estilo epistolar, entre los que destaca a Basilio de Cesarea y a Libanio. Pero uno de los pasajes más bellos, al que ya he hecho alusión más arriba, de la correspondencia de Focio es precisamente la carta que dirige al papa Nicolás, en la que se lamenta de haberse apartado de la tranquila vida de la docencia. También creo que merece la pena mencionar aquí de nuevo la carta n^o 1 Laourdas-Westerink, que consiste en una larga instrucción a Miguel, rey de los búlgaros, sobre los deberes del soberano y en la que todo el mundo reconoce como modelo la exhortación a Nicocles de Isócrates¹⁹.

4.3. *De quaestionibus ad Amphiloichium*

Esta colección de tratados dirigidos al metropolitano de Cízico no se sabe realmente muy bien lo que es. Parecen respuestas a preguntas hechas a Focio por su corresponsal y que el propio Focio ha reunido y probablemente despojado de elementos que no le interesaban para que quedaran como un resumen de sus enseñanzas anteriores al primer exilio, que es la fecha en la que se datan los *Amphilochia*. La mayor parte de las *Questiones* tratan de temas religiosos (se pueden leer muchas exégesis sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, donde vemos la enorme admiración de Focio por San Pablo, tanto desde el punto de vista de apóstol como de es-

(17) K. ZIEGLER, "Photios 13" *Real Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* Vol. XX, 1941, columna 763.

(18) MIGNE, *Op.cit.*, columna 861B-D.

(19) Cf. Isócrates 18 (*A Nicocles*). Edición de G. Mathieu y F. Brémond, París "Les Belles Lettres" 1928-62.

critor²⁰, pero también versan sobre filosofía (la de Aristóteles, por supuesto)²¹, mitología (p.e., sobre el nombre de las Sibilas)²² y un gran número de discusiones de lengua²³.

Por la estructura y el contenido los *Amphilochia* están en estrecha relación con sus cartas y sólo hay un detalle a mi modo de ver, en lo cual sigo a Henry, que ha hecho relacionar esta obra con la *Biblioteca*, y es el hecho de que ambas obras están encabezadas por una carta-dedicatoria y en ambas Focio trata de justificar la ausencia de sistematización en el orden interno de cada una de estas dos colecciones. No voy a entrar aquí en si estas cartas-dedicatorias son o no un artificio literario —cosa que ha hecho correr ríos de tinta—, ya que lo que interesa es el hecho de que el fondo de la colección está constituido por escritos dirigidos por Focio a uno de sus amigos desde el exilio.

5. Focio filólogo²⁴

5.1. La Biblioteca

Una de las dos obras fundamentales para valorar lo que Focio ha significado en la transmisión de la literatura clásica es la conocida con el nombre de *Biblioteca* o *Myriobiblion*. La carta-prefacio que encabeza esta obra nos hace saber que la compuso a petición de su hermano Tarasio, enviado a una embajada a Oriente y que no quería dejar de conocer el contenido de los libros que se leyeran en el círculo de Focio durante su ausencia. También, puesto que la

(20) *Amphilochia* 93 en MIGNE, *Op.cit.* Volumen 101, columnas 592C a 601B. Estudia Focio una serie de expresiones utilizadas por San Pablo y hace de ellas un comentario detallado.

(21) *Amphilochia* 137 a 147 en MIGNE, *Op.cit.* Volumen 101, columnas 760 a 812.

(22) *Amphilochia* 150 en MIGNE, *Op.cit.* Volumen 101, columnas 812C a 813A.

(23) *Amphilochia* 21 en MIGNE, *Op.cit.* Volumen 101, columnas 148D a 164B.; *Amphilochia* 89, columnas 561C a 569A; *Amphilochia* 106, columnas 640A a 641B; *Amphilochia* 131 a 133, columnas 725B a 736B; *Amphilochia* 163, columnas 849D a 852A; *Amphilochia* 227, columna 1024 AB.

(24) No voy a mencionar las obras teológicas de Focio que se salen de nuestro tema, se pueden leer en MIGNE, *op.cit.*, volumen 102, y un excelente estudio de ellas hace ZIEGLER *op.cit.* Otra faceta que no trataré es la de Focio poeta cuya obra se encuentra editada en el mismo volumen que las teológicas, columnas 575 a 583.

exposición no es totalmente clara, parece ser que Focio, que fue enviado, como he dicho más arriba, como embajador a Asiria, es decir, a la corte de Bagdad, escribió esta obra como una especie de rendición de cuentas de las lecturas hechas durante su viaje. Diremos que hay aún una postura más ecléctica de las hipercríticas, que es aquella de los que dicen que no hubo tales embajadas a Oriente y que la carta-prefacio no es más que un subterfugio retórico. Hemmerdinger²⁵ llama la atención sobre la existencia en Bagdad, durante los siglos IX y X, de una colonia griega, entre la que se encontraban famosos escribas y traductores; Bagdad poseía una biblioteca griega muy considerable, y en ella sería donde Focio había encontrado material para su *Biblioteca*. Como Bagdad fue saqueada en el 1258 y en ese saqueo se perdieron gran cantidad de libros; esta circunstancia explicaría que Focio nos recoja libros que él pudo leer, pero que, en cambio, no han llegado hasta nosotros. El trabajo de Hemmerdinger es tan sugerente que nos sentimos inclinados a poner en relación el viaje con la *Biblioteca*, puesto que además el viaje existió, como se sabe por fuentes árabes y eslavas²⁶, y tuvo lugar en 855, fecha en la que se sitúa aproximadamente a la *Biblioteca*, puesto que está fuera de toda duda que fue escrita antes de ser patriarca en 858.

Krumbacher²⁷ dijo de la *Biblioteca* que era “la obra más importante de la historia literaria de la Edad Media”, y no es para menos. Se compone la *Biblioteca* de 280 resúmenes de libros o “codices”, llamados así a partir de la traducción latina que hizo el jesuíta André Schott, publicada en Augsburgo en 1606 sobre la *editio princeps* realizada por David Hoeschel cinco años antes y publicada en el mismo lugar.

El título de *Biblioteca* no se debe al autor, sino que aparece por primera vez en dos manuscritos del s. XVI; el título antiguo de la obra es el que aparece en cabeza de la carta-dedicatoria: *Inventario y enumeración de libros que hemos leído* y de los cuales nuestro

(25) M.B. HEMMERDINGER, “Les “notices et extraits” de bibliothèques grecques de Bagdad par Photius” *Revue des Études Grecques* 69, 1956, págs. 101-103.

(26) F. DÖLGER, *Regesten der Kaiserkunden des ostömischen Reiches*. Munich 1924, tomo I, 1ª parte, pág. 54. Se citan allí todas las fuentes árabes.

(27) K. KRUMBACHER, *Die griechische Literatur des Mittelalters*. Berlín y Leipzig 1905, pág. 274.

bien amado hermano Tarasio nos ha pedido una idea sumaria. Son 280 (21 faltan para 300).

Estos "codices" pueden situarse en el tiempo entre Heródoto y el patriarca Nicéforo, y pertenecen a todos los tipos de prosa, tanto pagana como cristiana. La extensión y el contenido son diferentes: pueden ser la simple noticia del nombre del autor y un título o un largo análisis del libro leído. Otras veces Focio hace un juicio de valor de la obra, tanto en el fondo como en la forma, y en cuanto a sus comentarios sobre el estilo vemos cuánto depende nuestro autor de la retórica antigua, pero no sólo de la de Hermógenes de Tarso, que es la que estaba en boga desde el s. II de nuestra era, sino que conoce teorías de estilo y vocabulario mucho más antiguos. Es además muy interesante ver cómo Focio en sus resúmenes es capaz de adoptar el estilo del autor resumido. Además, a menudo ocurre que el *codex* es todo lo que queda de una obra. Otras veces nos completa lo que pudiéramos saber por otras fuentes; y, en fin, las opiniones de Focio no carecen nunca de interés.

La crítica moderna está realizando una serie de trabajos para saber en qué medida es fiable la transmisión de Focio, cosa que, aunque trabajosa, se puede hacer comparando las obras coservadas con los "codices" de Focio. Y así lo han hecho, entre otros, Severyns con las *Vidas paralelas* de Plutarco²⁸; Goosens con Ctesias²⁹, del que sólo se nos conserva el *codex* de Focio, pero que al compararlo con otras fuentes de información, dice Goosens que no se puede acusar a Focio de error en sus resúmenes. Treadgold³⁰ hace el mismo trabajo con la *Teología Aritmética* de Nicómaco de Gerasa extractada en el *codex* 187 por Focio en un griego muy difícil. Pero la obra de estas características más completa al respecto es la que menciono al comienzo de este trabajo debida a T. Hägg, *Photios als Vermittler antiker Literatur*, en donde estudia fundamentalmente la *Vita Apollonii* de Filóstrato tal como la conocemos y tal como nos la resume Focio. En esta comparación Hägg nos muestra qué temas eran los que interesaban a Focio y cuáles

(28) A. SEVERYNS, "Les vies parallèles de Plutarque dans la "Bibliothèque" de Photius", *Mélanges Desrousseaux*. París 1937, págs. 435-450.

(29) G. GOSENS, "Les sommaires des "Persica" de Ctésias par Photius", *Revue belge de Philologie et d'Histoire* 38, 1950, págs. 516ss.

(30) W.T. TREADGOLD; "Photius on the transmission of texts", *Greek, Rome and Byzantine Studies* 19, 1978, págs. 171-175.

no (p.e., las curiosidades geográficas y, en general, los detalles pintorescos; mientras que da de lado las consideraciones filosóficas y las preocupaciones religiosas). También estudia Hägg los extractos de Metodio, Himerio, Plutarco, Elio Aristίδes, Procopio y Josefo. Todas estas confrontaciones de pasajes llevan a una visión bastante completa del modo de trabajar de Focio, que nos hace distinguir los “codices” entre “resumen breve” y “resumen analítico” o “extractos de contenido” frente a “extractos de estilo”, notándose siempre, como decía más arriba, los ecos de la lengua original que extracta. Este tipo de trabajos son los que se estaban necesitando para conoer en profundidad la técnica de Focio, que facilitan la labor tanto al filólogo como al bizantinista.

5.2. El Léxico

A lo largo de esta exposición sobre la obra de Focio hemos ido comentando la preocupación del patriarca de Constantinpla por los problemas de lengua y vocabulario. Unido a esto, la gran cantidad de obras leídas y resumidas para la *Biblioteca*, las interpretaciones sobre significados de palabras que hay en sus cartas e incluso en los *Amphilochia* no podía por menos todo ello de cristalizar en una obra de lexicografía. Efectivamente, nadie duda que el *Léxico* es una obra posterior a la *Biblioteca*, probablemente con una redacción de juventud, pero revisada y completada después de su primer patriarcado, y que ha sido la fuente principal de toda la lexicografía griega antigua de la Baja Edad Media. Hasta hace pocos años sólo teníamos de esta obra el *Codex Galeanus*, llamado así por haber pertenecido en el s. XVIII a Thomas Gale, que en la actualidad se encuentra en la Biblioteca del Trinity College de Cambridge, y que, como se ha podido comprobar posteriormente, era incompleto. Lo editó Naber en 1864/65, aunque previamente lo había dado a conocer Hermann (1808) y Dobree (1821). A finales del siglo pasado aparecieron unos fragmentos del *Léxico* en un manuscrito del XV/XVI en Atenas (*Atheniensis* 1083), que fueron editados por Frederich y Wentzes³¹. Y, por fin, en 1901 aparece en Berlín un manuscrito del siglo XIII (*Berilinsensis graecus*

(31) C. FREDERICH y G. WENTZES, “Anecdota aus einer athenischen Handschrift”, *Nach. v.d. Königl. Gesellschaft d. Wiss. zu Göttingen* 1896 págs. 336 ss.

[octavu] 22) que contiene el principio del *Léxico* de Focio, pero que en las glosas contenidas desde α hasta $\alpha\pi\alpha\rho\nu\omicron\varsigma$ es mucho más extenso que el *Galeanus*. Reitzenstein lo editó el 1907.

Así las cosas, con la sospecha de que Focio había hecho un gran léxico del que se puede decir que parten, o por lo menos de un mismo círculo de trabajo, todos los grandes *Etymologica* medievales (*Genuinum*, *Magnum*, *Gudianum*, *Symeonis*), el año 1959 Lino Politis descubrió en el monasterio de San Nicolás de Zavorda, en Macedonia, un manuscrito de los S. XIII/XIV (*Codex Zavordensis* 95) con el texto completo del *Léxico* compuesto por Focio. Desde esa fecha, en que se nombró una comisión para la edición del *Léxico*, una extensísima bibliografía sobre el tema ha ido surgiendo, hasta que en 1982 Ch. Theoridis publicó el primer volumen, que abarca solamente las glosas correspondientes a las letras α , β , γ y δ . Es una espléndida labor en la mejor línea de las ediciones que se están llevando a cabo de los gramáticos y lexicógrafos griegos antiguos.

Peró lo más interesante del *Léxico* de Focio en su redacción completa es la enorme cantidad de literatura griega clásica transmitida, aunque sea en estado fragmentario. Cuando hablaba de la *Biblioteca* dije que los resúmenes era exclusivamente de obras en prosa; cabía preguntarse si es que Focio no estaba interesado en la literatura griega en verso. Ahora el *Léxico* nos da la respuesta, puesto que en él se encuentran cientos de nuevos fragmentos de la Tragedia griega y, especialmente, de la Comedia. Incluso en la glosa 342 de la letra β se recoge un fragmento nuevo de Simónides. Con todo lo que queda por publicar del *Léxico* el incremento de fragmentos nuevos puede ser abrumador. Por eso, cuando decía al principio que con la aparición del *Zavordensis* 95 se ha replanteado la tarea de nuevas ediciones de los fragmentos de los trágicos y cómicos, no exageraba. Radt, editor de los fragmentos de Sófocles en el año 77, tiene en cuenta el manuscrito; los nuevos editores de la Comedia, Kassel y Austin, también cuentan con él en los dos volúmenes publicados hasta la fecha, como igualmente Kannicht para los *adespota* trágicos. Una nueva edición de los fragmentos de Esquilo, cuya última edición remonta a la de Mette del año 59, y otra de Eurípides, después de la aparición de este manuscrito del *Léxico* de Focio, se hacen imprescindibles.

Naturalmente, la obra de Focio no es de primera mano, sino que enlaza con una tradición lexicográfica que iniciaron los alejandri-

nos en el siglo IV a.C., y que no tuvo nunca solución de continuidad. Focio usa como fuente principal el *Coislinianus* 347, manuscrito del siglo IX, en el que hay varios léxicos, antiguos o al uso en aquella época, recogidos de forma abreviada, entre otros el *δικῶν ὀνόμαζα* de Harpocración y unas *Λέξεις ῥηζορικαί*. También son fuentes importantes la *σοφιστικῆ ἠροπαρασκευή* de Frínico, las obras de los aticistas Elio Dionisio y Pausanias, los glosarios de Platón realizados por Boeto y Timeo, el *Lexicon Homericum* de Apolonio el Sofista, y otros léxicos más junto con la lectura de primera mano de muchísima literatura griega.

No creo que haya que añadir mucho más para destacar la labor llevada a cabo por Focio como transmisor de la literatura clásica, por lo que ostenta un puesto de honor en la filología. Y no deja de ser una ironía de su destino el que la fama más rutilante de Focio la ha alcanzado en un campo que probablemente para el patriarca de Constantinopla no era mucho más que un *hobby* de hombre culto y erudito.